

EL PEQUEÑO JORDI... UNA GRAN PERSONA

Era un niño dulce, con los ojos azules chispeantes, el pelo rubio como hilos dorados, una dulce sonrisa en los labios y la alegría siempre en el corazón. Vivía con los abuelos y su madre en una pequeña masía, a unos cuatro kilómetros del pueblo más cercano.

Aquella mañana se había levantado temprano. La madre había dicho que bajarían al pueblo y el autobús pasaba por ese lugar a las ocho de la mañana. Hacía frío, mucho frío. El sol vacilante luchaba por salir detrás de una espesa nube que lo cubría todo... Tenían que comprar comestibles. El largo invierno se acercaba y allá arriba de la montaña quedarían mucho tiempo aislados.

- "Buenos días, abuelo. Abuela, nos vamos. Hasta la tarde. Tenga cuidado del ganado",
- dijo Laia, la madre de Jordi.

Desde que Toni, su marido, murió, ella llevaba la casa y descansaba un poco la responsabilidad en aquel hijo, el don de Dios más preciado que, a sus once años, se daba cuenta de su gran responsabilidad. Era el hombre joven de la casa y debía estar atento a todo.

Ese día no iría a la escuela. Se ahorraba aquella larga caminata de casi una hora cada día... ¡Iba al pueblo con mamá!... Puntual, el coche pasó... Laia y Jordi compran su billete y se sientan detrás. El coche iba lleno. Van pasando curvas y más curvas... Primero, espesor de bosques... Ahora comienzan los sembrados... ¡De repente, Jordi da un golpe con el pie a su madre!

- "¡Es él, mamá!", le dice. "Pitu!"... Y señala un hombre sentado bajo un árbol. Mal vestido y con barba de días, famélico y de ademán triste... - "¡Sí!, ¡él!, sí!".

Había desaparecido del pueblo hacía un tiempo, después de un gran robo. Todo el mundo le señalaba como culpable y no pudo soportar la presión. Nunca más se supo nada... En este largo silencio las lágrimas iban apagando la vida de su madre, que veía cómo pasaba el tiempo y el hijo no regresaba... Laia y Jordi, iban a visitarla cada vez que bajaban al pueblo.

¿Qué harían hoy?... ¿Decírselo a la madre?... ¿No decirle?... ¿Avisar a la policía?... ¿Qué hacer?...

- "Jordi", dice Laia, "le diremos a la madre de Pitu, que le hemos visto y pensaremos qué hacemos". Dicho y hecho. Al llegar al pueblo, primero las compras; después, como siempre, la visita a Doña Remedios.

Ese día, el corazón de nuestro pequeño niño saltaba de gozo. Después de un beso de saludo, le diría que su hijo estaba vivo..., que sabían dónde estaba.

- "Sra. Remedios, ¿cómo está? ...".

- "¡Hola, Laia! ¡Hola, Jordi !. Ya podéis verlo, llorando y rezando... Lloro de pena y soledad, y ruego, porque sé que Dios nos ama a todos y también a mi hijo, y le pido que no lo deje, que vuelva a casa y se aclare todo... Yo sé que mi hijo no es un ladrón, y que alguien vive entre nosotros guardando su pecado en el corazón y permitiendo que señalen a mi hijo... Un día, lo espero con todo el corazón, volverá a salir el sol en esta casa, y volveremos a cambiar la risa por el llanto..."

- "Quiero decirle una cosa, Sra. Remedios", dice Jordi.

- "Dime, guapo, ¿qué es? ...".

- "¿Qué diría, si supiera dónde está su hijo?... ¿Qué haría si yo le dijera que le hemos visto hace poco rato? ...".

Aquella buena mujer no pudo resistir... Era demasiado la emoción. Una cosa es la esperanza, pero otra la realidad; y cerró los ojos por un momento. El mundo se alejó de su vista, quedó inmóvil..., como muerta; pero, ¡no, le decían que el hijo estaba vivo!... ¡Ella tenía que vivir! ..., y abriendo los ojos como dos naranjas, dijo:

- "¿Dónde está Pitu?... ¡Di! ¿Qué sabéis?"...

Madre e hijo se lo cuentan... Y piensan... ¿Qué podemos hacer?...

- "Si yo fuera mayor", piensa Jordi, "acompañaría en coche a la Sra. Remedios, pero no puedo... ¿Qué podemos hacer? ...".

La voz del corazón de una madre no puede fallar... Iría a ver a su hijo, le hablaría, le diría que volviera, que una conciencia tranquila no debe tener miedo, que Dios está con la verdad y le ayudará.

No sé nada más de esa historia; pero pienso lo emotiva que sería el encuentro en aquel paraje solitario... ¡Qué besos y abrazos!... ¡Qué gozo en el corazón de todos!... Laia y Jordi mirándolo de lejos, madre e hijo hablando en dulce diálogo!

Años más tarde supe que todo se aclaró, que el verdadero culpable se entregó, que Pitu y mamá vivieron felices muchos años juntos, y Jordi, como un pequeño héroe, conservaba en su corazón la alegría de aquel descubrimiento tan preciado y daba gracias a Dios.

Nadie, por pequeño que sea, sobra en el plan de Dios. En el concierto del mundo, todos tocamos nuestra partitura.

Sin el afán de curiosidad de Jordi, que no se perdía detalle de lo que veía, nadie habría descubierto en ese momento preciso a Pitu... Más adelante, quién sabe lo que hubiera pasado...

Esta hermosa lección la guardo muy adentro mío: Nunca sobra nadie. Todos contamos para Dios. Todos tenemos nuestro trabajo... El acierto de cada uno es descubrirlo en el momento preciso.

Montserrat Llopart